

EL MERIDIANO

Victoria Lafora

En peligro de extinción

Curiosamente, el viernes se celebraban, al unísono en Madrid, la Cumbre del Clima y el aniversario de la Constitución en el Congreso. En el primer caso se trata de salvar la Tierra. En el segundo de preservar el texto legal que nos ha permitido vivir la tregua más larga de nuestra cainita historia. No es exagerado decir que tanto la habitabilidad de la tierra como la Carta Magna están en peligro de extinción.

La brutal campaña contra la activista adolescente Greta Thunberg es la forma con la que los negacionistas del calentamiento global dan rienda suelta a su ira. Les duele la capacidad de movilización y convocatoria de una chavala de 16 años a la que se acusa de estar al servicio de grandes inversores y de sacar rentabilidad económica a su lucha. Las redes sociales, tan útiles a la hora de difundir falsedades, han mostrado una supuesta foto de Greta con George Soros para demostrar su complicidad con los especuladores. Es falsa. Está manipulada. En realidad la fotografía es de ella con Al Gore, el ex vicepresidente norteamericano, gran defensor del medio ambiente, y cuya cabeza ha sido sustituida por la de Soros.

Forma parte del mismo intento de menosprecio hacia la conciencia cívica que sacó a la calle a miles y miles de jóvenes y familias. Los que, por el Paseo de la Castellana de Madrid, reclamaban menos discursos y más medidas eficaces. ¿Cómo se puede cuestionar que participaran, según unos, quince mil personas y, según otros, medio millón?

En cuanto al cumpleaños de la Constitución, no es de extrañar la atención mediática prestada a la distendida charla, con grandes risas, entre Espinosa de los Monteros (Vox) y Pablo Iglesias. No son precisamente amigos, pero sí coinciden en su rechazo a dos pilares diferentes, eso sí, de la Carta Magna. El primero derogaría el título referido a la existencia de las Comunidades Autónomas, y el segundo el que habla de la forma del Estado, la Monarquía. A lo mejor se reían de como quedaría el texto constitucional si pudieran meterle mano. Pero, a lo mejor, al resto de los españoles no les hace la más mínima gracia.

Con que facilidad se menosprecia un consenso que los actuales dirigentes políticos son absolutamente incapaces de perseguir.

LA TRIBUNA | José Ángel Bergua Amores

Sobre la España vaciada

Los pueblos están estableciendo relaciones más horizontales con las gentes de las ciudades, formando con ellas una realidad social híbrida, urbano-rural

Desde 2007 más de la mitad de la población mundial vive en ciudades. Por lo que respecta a España, de 1960 a 1990 la población urbana pasó del 56,5% del total al 78,1%. Este incremento dobló el de Francia y fue el mayor de Europa. En cuanto a Aragón, más de la mitad de su población reside en la ciudad de Zaragoza y es la única capital, junto con Valladolid, cuyo crecimiento coincide con el decrecimiento de la población de su provincia. Por otro lado, Teruel es el territorio que más población perdió en el siglo XX, la mitad, mientras Huesca es el que más pueblos vio desaparecer. Esta tendencia de las ciudades a crecer y de los pueblos a desaparecer no es en absoluto casual. Ya los Planes de Desarrollo de los años sesenta diseñados para Huesca, por ejemplo, decidieron que un 25% de población rural sobraba, que el 68% de los pueblos con dificultades para sobrevivir fueran comprados por Patrimonio Forestal del Estado y que se destinaran abundantes recursos para el crecimiento de la capital. Más tarde, recién estrenada la democracia, en 1984, el Ministerio de Transportes cerró 21 líneas de la red nacional de ferrocarriles que dejaron incomunicadas grandes áreas rurales y planeó crear 3.200 km. de nuevas vías de alta velocidad para comunicar las ciudades más importantes.

Estas decisiones institucionales no son la causa del desequilibrio territorial. Solo han apunta-

lado el intercambio desigual entre pueblos y ciudades, uno de los pilares de la sociedad moderna junto con el capitalismo, la democracia y la ciencia. Por un lado, las ciudades compran o directamente sustraen recursos de los pueblos y de sus entornos considerados menos valiosos que las toneladas de manufacturas imposibles de reciclar que les envían. También salen de los pueblos en dirección a la ciudad jóvenes en busca de formación o trabajo, mientras van allá distintas clases de empleados públicos cualificados. Igualmente se va conocimiento e información transmitido de generación en generación que los estudiosos urbanos catalogarán y estudiarán a medida que vaya siendo olvidado, mientras se envía conocimiento científico que pasará a ser aplicado en la interpretación y construcción de la realidad rural. Lo que se va tiene menos valor que lo recibido porque la vara de medir la impone la ciudad. Si esta violencia simbólica ha funcionado es porque los habitantes de los pueblos la han incorporado a sus hábitos, si bien no del todo y a menudo negociada o malinterpretada.

Por otro lado, las ciudades han ido inventándose y construyéndose inspirándose en las ruinas de vida rural que la explotación o intercambio desigual ha dejado a su paso. Por ejemplo, si en el siglo XVIII el término 'pueblo' todavía significaba lo opuesto a la ciudad y la 'cultura' estaba relacionada con la actividad agrícola,

con la destrucción de los pueblos y sus tradiciones que más tarde provocó la modernización emergió la 'cultura popular', levantada a partir de los restos de tradición recuperados por folcloristas hastiados de modernización y que se utilizó para fabricar el alma o nación de los Estados-Nación, tanto de los ya alumbrados como de los que aún quieren nacer. Pero es que, además de regresar imaginariamente a los pueblos y facilitar la producción de los complejos ideofectivos que destilará el nacionalismo, los urbanos cansados de la modernidad también se han sentido atraídos por la naturaleza, han tomado nota del modo como los pueblos se acoplan a ella y con todo ello han elaborado parte de la ideología con la que opera el ecologismo, el cual ha llevado, entre otras cosas, a encerrar en zonas protegidas y con especies nuevas, caso de los osos en el Pirineo, a la escasa población rural que queda. Finalmente, los urbanitas, agotados de ciudad y transpirando valores postmaterialistas que subrayan la importancia de lo local, el valor del patrimonio, el trato con la naturaleza, la comida or-

«Los pueblos han sido convertidos en objeto de depredación, inspiración y encierro de unas ciudades que se han reservado la condición de sujeto»

gánica, la sociabilidad comunitaria, etc., han convertido a los pueblos en objeto de consumo vacacional en el que los autóctonos también han quedado en parte encerrados.

En definitiva, la Modernidad es un orden social en el que los pueblos han sido convertidos en objeto de depredación, inspiración y encierro de unas ciudades que se han reservado la condición de sujeto. Afortunadamente, ese orden ya no funciona tal y como se propuso, pues los pueblos cada vez discuten más la vara de medir urbana, muchos médicos, maestros, funcionarios, etc. se han ruralizado, hay un goteo constante de variopintos y activos neorrurales, los antiguos emigrantes han vuelto o mantienen la casa 'abierta', algunos de los que llegan de vacaciones pasan a tener una relación más estrecha y duradera, se (re)introducen tradiciones, aparecen nuevas profesiones y, además, los propios habitantes de la ciudad destilan las vivencias rurales heredadas o vividas tanto en la vida cotidiana como al hacer arte, ciencia o cualquier otra actividad experta. Todo ello está provocando que los pueblos se (re)inventen como sujetos y establezcan relaciones más horizontales con las gentes de las ciudades, formando con ellas una realidad social híbrida, urbano-rural.

Este nuevo y difuso orden, todavía sin trama institucional que lo ampare, coexiste con el viejo y, a menudo, los individuos, sea cual sea su hábitat, participan de ambos. ¿Qué puede resultar de esta confusa situación actual? De momento, que Teruel Existe haya arrebatado uno de los dos escaños a los grandes partidos nacionales.

Jose Angel Bergua Amores es catedrático de Sociología en la Universidad de Zaragoza

EN SACO ROTO | Juan Domínguez Lasiera

Trilogía de la experiencia

Y abandonar la pluma es morir de silencio». Tal vez en esta frase radique la pulsión que mueve a Encarnación Ferré a ser la escritora que es. El silencio es muerte, la vida es la escritura. Por eso ella escribe, para vivir. Y no es que Encarnación no haya vivido, en la manera en que todos más o menos vivimos. Encarnación ha vivido mucho, tiene un historial pleno de circunstancias y acontecimientos. Pero la escritura, al final, para ella, es la verdadera vida. La que le salva del silencio que amenaza cualquier vida.

Podría seguir así, elucubrando. Pero vayamos a los hechos. Y el hecho es que Encarnación Ferré, en su no abandonar la pluma, ha

hecho un 'tour de force' literario de difícil parangón en nuestras letras: presentar de una vez hasta tres libros. Y no es la cantidad lo asombroso, lo es la calidad de sus tres criaturas.

Este pasado martes, en el Museo Pablo Serrano (ya saben, el IA-ACC), presentaba su 'Trilogía del Tiempo', compuesto por 'La caja de boj', 'Lucubraciones sobre la humana condición glosadas por lectores anónimos' y 'Ética a Laura', tres formas distintas, en definitiva, de reflexionar sobre la vida, con sus sombras y sus luces, sus ilusiones y desengaños, sus grandezas y sus miserias. Porque la vida es oscuridad y claridad, y aceptarlo, asumirlo, es salvarse, es no morir en el silencio, escribiendo o

no escribiendo. Que hay muchas formas de escribir en la vida.

Tres filósofos prologan la tríada de Encarnación: Pedro Luis Blasco, Andrés Ortiz-Osés y Jorge M. Ayala. Los libros de la autora dan para mucha filosofía, y cada lector se sentirá impelido a sus propias reflexiones, porque los libros de Encarnación obligan a pensar. Siempre lo han hecho, pero en esta ocasión, en estos libros que celebran su 75 cumpleaños, la escritora de Monzón quintaesencia su recorrido narrativo y discursivo con el sedimento de su experiencia. Es el regalo que ella nos hace como celebración de sus años, de su vida.

Erial Ediciones -que ya ha publicado su impresionante 'Clásicos en el aula'- logra con esta nueva colec-

ción, Erial Plural, un hito en su trayectoria, reciente pero ya muy considerable. Superar este inicio será muy difícil, pero esperemos que lo logre. Estos tres volúmenes son una joya, y no estaría de más que quienes otorgan los premios a los libros mejor editados le echasen un vistazo a esta trilogía.

Y puesto ya a descarmarme, diré algo más. Encarnación Ferré, uno de nuestros valores literarios actuales de más rango, merece ya ese reconocimiento que Aragón da a sus mejores escritores. Sí, estoy reclamando sin pudor alguno, el premio de las Letras Aragonesas para nuestra escritora de Monzón. La autora de 'Hierro en barras', 'Hijos de la arena', 'Cartas de desamor', 'Memorias de una loca', 'Saturna', 'Boceto de Mujer', 'Viaje de la prosa al verso', 'Desde la cima bifronte', entre otros títulos, bien lo merece. Aunque ella, con premios o sin premios, no abandonará la pluma. A la espera está su próxima novela, 'El doncel que leía a Feijoo'. Otra revelación.